

GROWN UP LANGUAGE

The Rig

La Plataforma

Ein Survival-Horror-Kurzroman für Anfänger
(A2) · Kastilisches Spanisch

KOSTENLOSE LESEPROBE

grownuplanguage.com

Prólogo — Lo que quedó abajo

Hace muchos años, la plataforma todavía sacaba petróleo¹ del mar.

Estaba lejos de la costa, en el Mediterráneo, sobre unas patas² de hierro clavadas³ en el fondo. De día y de noche, las máquinas hacían ruido. Cientos de hombres trabajaban en ella. Abajo, muy abajo, cerca del agua, había una sección vieja: el laboratorio.

En el laboratorio había un tanque⁴ grande, medio lleno de petróleo. Era petróleo crudo, negro y espeso⁵. Los científicos hacían pruebas con él. Querían limpiar el mar. Nunca lo consiguieron.

Con los años, el tanque se convirtió en un vertedero⁶. La gente tiraba⁷ cosas dentro: químicos, aceite viejo, agua sucia. También caían cosas del mar —peces muertos, algas,

sangre y trozos⁸ de animales. El olor era terrible. Todo se pudría⁹ junto, despacio, en lo negro. Nadie miraba. Nadie limpiaba.

Un día, la empresa cerró la plataforma. El mundo ya no quería tanto petróleo; había otras energías, más limpias, y el petróleo viejo dejó de dar dinero. Los hombres se fueron en helicópteros y en lanchas. Apagaron las máquinas. Cerraron las puertas.

Nadie vació el tanque.

Se olvidaron de él. Se olvidaron del laboratorio, allá abajo, en la oscuridad, cerca del agua.

Pasaron los años. La plataforma se quedó sola en el mar, la cosa más alta en kilómetros de agua. El viento la golpeaba. El metal se oxidaba¹⁰.

Y llegaban las tormentas. Cada año, muchas veces, los rayos¹¹ caían sobre la torre de hierro. Uno tras otro, año tras año. Cada rayo bajaba por el metal, hasta el fondo, hasta el tanque. Hasta lo negro.

Y en lo negro, algo cambiaba. Muy despacio. El petróleo, los químicos, los animales muertos, la sangre... y el rayo, otra vez y otra vez, uniéndolo todo. Cocinándolo.

Lo negro estaba quieto. Después, ya no.



En el tanque, en lo negro, el rayo baja por el metal.

En la oscuridad, algo se mueve.

Es lento. Es espeso. Sube por las paredes del tanque, muy despacio, y vuelve a bajar. Busca. No tiene ojos, pero busca.

Espera.

Arriba, muy lejos, un helicóptero se acerca a la plataforma. Trae gente nueva.

Lo negro, abajo, en la oscuridad, espera.

Capítulo 1 — El último turno

El director¹ Serrano está sentado delante, a la derecha, en el helicóptero, con su traje² azul y su maletín³ sobre las piernas. Su maleta viaja atrás, con la carga. Hace frío. La pista⁴ de Tarragona huele a sal y a gasolina. Dos guardias de uniforme suben y se sientan detrás.

—Buenos días, director —dice uno.

Serrano contesta con la cabeza. Conoce a los dos. Buenos chicos.

Dentro del maletín hay papeles, un teléfono y una caja pequeña con un lazo⁵ rojo: un regalo para su mujer. Serrano lo compró ayer. Es para después. Para el final.

Porque este es su último turno⁶. Un mes más en la plataforma, y se acabó. Después: su casa, su mujer. Una vida normal, en tierra.

Veinte años trabajando en prisiones. Ya es suficiente.



Serrano en el helicóptero, con su maletín sobre las piernas.

Su mujer está enferma. Desde hace dos años hay más días malos que buenos. Treinta años casados, y Serrano está aquí, en el mar. Eso también se acabó.

Ella no lo sabe. Si Serrano le dice que deja el trabajo, ella va a decir que no: que el dinero, que un año más. Por eso no dice nada. Se lo va a decir en la puerta de casa, con la maleta en la mano.

El regalo verdadero no está en la caja.

Por la ventana, junto a la valla⁷ del puerto, ve una manifestación⁸: jóvenes con pancartas⁹ verdes, gritando algo del mar y del petróleo. Serrano los mira un momento, sin enfado. Luego mira su reloj.

Una mujer cruza la pista, con una cazadora¹⁰ y una gorra. Lleva una bolsa al hombro. La asistente, piensa Serrano. O la mecánica.

La mujer sube al helicóptero.

—Buenos días —dice.

—Buenos días —contesta Serrano.

La mujer se sienta delante, en el asiento de la izquierda. Sus manos tocan los botones sin mirar. Se pone los cascos¹¹ y enciende la radio.

—Torre¹², EC-JMR, lista para salir —dice—. Tres pasajeros y carga. Rumbo¹³ a la plataforma seis.

Es la piloto. Serrano siente calor en la cara. Qué tonto, piensa.

—Perdón —dice—. Me he equivocado. Usted es la piloto.

—Todos dicen eso —contesta ella, sin volverse—. Pónganse el cinturón, por favor.

El helicóptero sube. Abajo queda la ciudad, y luego solo el mar, verde y gris hasta el final del mundo.

Serrano también lleva cascos, como todos los pasajeros. Dentro, con el ruido, es la única forma de hablar.

—Soy Serrano —dice—. El director de la prisión seis.

—Alma —dice la piloto—. Llevo tres meses en esta ruta, y casi nunca lo veo, director.

—Yo casi nunca salgo. Los turnos son largos.

—¿Y su familia?

—Espera en tierra.

—Sí —dice Alma—. Esa vida la conozco.

Abajo, a lo lejos, pasa otra plataforma, gris y sola sobre el agua. Antes eran plataformas de petróleo. Ahora son prisiones. La empresa las compra baratas y las llena de barrotes¹⁴ y de guardias.

—Cada mes llevo menos guardias a las plataformas —dice Alma—. ¿Por qué?

—Los guardias cuestan dinero. Yo pido más hombres. La empresa dice que no. Tres veces ya.

Alma no contesta. No hace falta.

Serrano mira a los dos guardias, detrás. Piensa en los directores de las otras plataformas. Hombres duros, de voz fuerte, que castigan¹⁵ rápido y duermen tranquilos. Otros directores son más duros. Él no es así. Tampoco quiere ser así.

Al este, muy lejos, hay una línea de nubes¹⁶ oscuras, gorda y baja sobre el agua. Serrano la mira un rato.

—¿Esas nubes? —pregunta—. ¿Es la tormenta¹⁷?

—Va hacia el norte —dice Alma—. Pasa lejos de nosotros. Por ahora es un aviso¹⁸, no un peligro.

—¿Y si cambia?

—Aquí, en otoño, nunca se sabe. Pero hoy no. Hoy está tranquilo.

Serrano mira el agua gris. No le gusta el mar con mal tiempo. Nunca.

En medio del vuelo, la radio suena. Es la base.

—EC-JMR, tienes una llamada personal. ¿Te la pasamos?

—Pásamela —dice Alma.

Se oye una voz pequeña, una voz de niño.

—¿Mamá?

Alma sonrío, y toda su cara cambia.

—Hola, Emilio, mi amor. ¿Has desayunado ya?

—Sí. Mamá Jimena pregunta: ¿vas a llegar para la cena?

—Dile a mamá Jimena que sí. Me falta una vuelta nada más. Una vuelta y vuelvo. Nos vemos esta noche.

—Bueno.

—Te quiero. Pórtate bien, ¿vale¹⁹?

—Vale.

La llamada se corta. Alma vuelve a poner las dos manos en los mandos²⁰. Serrano mira por la ventana. No quiere escuchar, pero lo escucha todo. Piensa: a ella le falta una vuelta. A mí me falta un mes. Pone la mano sobre el maletín, donde está la caja con el lazo rojo.

Delante, en el mar gris, aparece una forma. Al principio es solo una mancha²¹. Después crece: una torre de hierro sobre el agua, enorme, sola, con una luz roja arriba.

La plataforma seis. Su plataforma. Por última vez.



La plataforma seis aparece en el mar gris.

Serrano conoce cada piso. Arriba del todo, el helipuerto. Abajo, los pisos de la prisión: las celdas, los guardias, su oficina. Y más abajo, cerca del agua, los pisos viejos de los tiempos del petróleo — cerrados, oscuros, con las puertas con llave. Ahí ya no baja nadie.

Serrano la ha visto cien veces. Hoy se ve más oscura, más quieta. Como un animal dormido, piensa, y no sabe por qué lo piensa.

El helicóptero baja hacia ella.

Vocabulary

ESPAÑOL	DEUTSCH
<i>el director</i>	der Direktor / der Leiter (des Gefängnisses)
<i>el traje</i>	der Anzug
<i>el maletín</i>	der Aktenkoffer
<i>la pista</i>	das Rollfeld (Flugplatz)
<i>el lazo</i>	die Schleife / das Band
<i>el turno</i>	die Schicht / der Turnus (Arbeitszeit)
<i>la valla</i>	der Zaun
<i>la manifestación</i>	die Demonstration / der Protest
<i>la pancarta</i>	das Transparent / das Schild (bei einer Demo)
<i>la cazadora</i>	die Jacke (in Spanien)
<i>los cascos</i>	das Headset / die Kopfhörer (in Spanien; Singular <i>el casco</i> = der Helm)
<i>la torre</i>	der (Kontroll-)Turm
<i>el rumbo</i>	der Kurs / die Richtung
<i>los barrotes</i>	die Gitterstäbe (einer Zelle)

ESPAÑOL	DEUTSCH
<i>castigar</i>	bestrafen
<i>la nube</i>	die Wolke
<i>la tormenta</i>	der Sturm / das Unwetter
<i>el aviso</i>	die Warnung / die Vorwarnung
<i>¿vale?</i>	okay? / einverstanden?
<i>los mandos</i>	die Steuerung / die Bedienelemente
<i>la mancha</i>	der Fleck

Grammatik — *me falta* / *le falta* (wie viel noch übrig ist).

Um zu sagen, was noch **fehlt** oder noch **aussteht**, benutzt das Spanische das Verb **faltar** — und dabei steht der Satz sozusagen auf dem Kopf. *Me falta una vuelta* heißt wörtlich “mir fehlt ein Flug”. Das Fehlende ist das Subjekt, die Person steht im Dativ: *me* / *te* / *le*. Genau so baust du es auch im Deutschen: “**mir fehlt noch ein Flug**” — nicht “ich fehle”. Das kennst du also schon, und du musst nur die kleinen Wörtchen *me*, *te*, *le* an die richtige Stelle setzen: ganz nach vorn.

In diesem Kapitel steht es zweimal direkt nebeneinander. Alma sagt *me falta una vuelta* — ein Flug noch, dann Abendessen zu Hause. Und Serrano denkt *a mí me falta un mes* — ein Monat noch, dann für immer nach Hause. Dasselbe Verb, zwei Menschen, die herunterzählen.

Außerdem begegnet dir am Ende des Telefonats *vale*. Das ist das spanische Alltagswort für “okay”. In Spanien hörst du es ständig: am Satzende, um sich zu vergewissern (*Pórtate bien, ¿vale?* — “Sei brav, ja?”), und allein als Antwort (—*Vale*. — “Okay.”). Alma und ihr Sohn benutzen es genau so, wie eine Mutter und ihr Kind “ja?” — “ja” sagen.

Zusammenfassung: Serrano, der Direktor der “Plattform 6” — einer stillgelegten Ölbohrinsel, die jetzt als Gefängnis auf See dient —, steigt in Tarragona in einen Hubschrauber zu seinem letzten Turnus: noch ein Monat, dann kündigt er und geht für immer nach Hause zu seiner Frau, mit der er seit dreißig Jahren verheiratet ist und die seit zwei Jahren krank ist. Sie weiß nichts von der

Kündigung — sie würde es ihm ausreden —, also will er es ihr an der Haustür sagen, den Koffer in der Hand; das kleine eingepackte Geschenk in seinem Aktenkoffer ist nur ein Teil der Neuigkeit. Die Frau, die über das Rollfeld kommt, hält er für eine Assistentin; sie setzt sich auf den Pilotensitz, und er entschuldigt sich verlegen. Die Pilotin heißt Alma. Serrano hat die sparsame Betreiberfirma dreimal um mehr Wachleute gebeten und dreimal eine Absage bekommen, und er weiß, dass er nicht so hart ist wie andere Direktoren — und er will es auch nicht sein. Er fragt nach einer dunklen Wolkenlinie weit im Osten; Alma sagt, der Sturm ziehe weg und es sei nur eine Vorwarnung, auch wenn das Wetter hier im Herbst schnell umschlagen kann. Er hört mit, wie sie einen Anruf ihres kleinen Sohnes Emilio annimmt — der eine Frage von Mamá Jimena ausrichtet, ob sie zum Abendessen da ist — und verspricht, dass sie kommt: ein Flug noch, bis heute Abend. Beim Sinkflug wirkt die Plattform dunkler und stiller als sonst, und ihm geht ein Gedanke durch den Kopf: wie ein schlafendes Tier.

Capítulo 2 — La última ronda

El helicóptero toca el helipuerto¹, arriba del todo, en el techo de la plataforma. El viento empuja fuerte aquí, tan lejos de tierra.

Serrano baja con los dos guardias. El metal vibra bajo sus zapatos. Conoce ese temblor². Veinte años. Es su casa, y no es una casa.

Alma apaga los motores y baja también.

—¿Cuánto tiempo se queda? —pregunta Serrano.

—Unas horas. Dejo comida, recojo unos papeles. Después, la última vuelta a tierra.

—Pues bienvenida a la seis —dice Serrano—. El café de la cocina es malo, pero está caliente.

Alma sonríe un poco. Serrano se va con los guardias, escaleras abajo.

Cada primer día de turno, Serrano hace una ronda³: baja piso por piso y mira todo con sus propios ojos. Hoy es su última primera ronda. Deja el maletín en su oficina y empieza.

Los pisos de la prisión son todos iguales: pasillos⁴ largos, y a los lados, las celdas⁵, con barrotes de suelo a techo. Desde el pasillo se ve todo el interior de cada celda. Hay pocos guardias — pasillos enteros sin uno. Los presos lo ven pasar.

En un pasillo, un guardia lava el suelo con una manguera⁶. El agua se lleva algo rojo hacia el desagüe⁷.

—¿Qué ha pasado aquí? —pregunta Serrano.

—Una pelea⁸, director. Dos presos, por un cigarro. Uno le abrió la cara al otro con una cuchara⁹.

—¿Y el herido¹⁰?

—En la enfermería¹¹. Le van a coser¹² la cara.

—¿Y la cuchara?

—La tenemos, director.

Serrano mira el agua roja un momento. Veinte años, y todavía no se acostumbra. Un hombre puede matar a otro por un cigarro.

—Cámbialo de celda —dice—. Quince días sin subir al patio. Y mañana lo quiero ver en mi oficina.

—Sí, director.

Dos celdas más allá, un preso viejo esconde algo bajo su cama: pan del comedor. Está prohibido. Serrano lo ve. El preso lo mira, quieto, esperando.

—Cómetelo hoy —dice Serrano—. Otro guardia te lo quita.

Y sigue caminando.

El guardia de la manguera lo mira. Es una mirada corta, pero Serrano la conoce bien: *blando*¹³. Serrano sigue su ronda. No le importa.

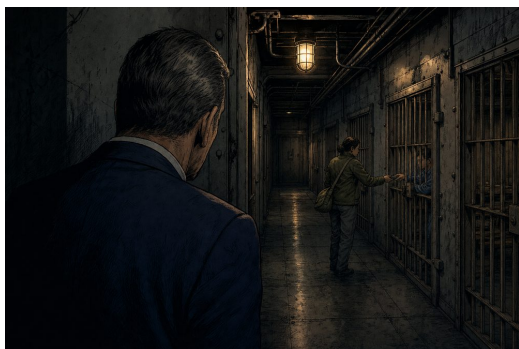
En el pasillo B, Serrano se detiene antes de la esquina. Hay voces. Adelanta la cabeza, despacio.

Es la piloto, con su bolsa al hombro. Los guardias la conocen y la dejan pasar; viene cada mes. Está delante de una celda, hablando con un preso joven: Dani. Serrano conoce su expediente¹⁴: un robo¹⁵ que salió mal, hace tres años; alguien murió, pero no fue su mano. Mala suerte, no maldad¹⁶.

Alma mira a los dos lados del pasillo. No ve a Serrano. Saca algo de su cazadora y lo pasa rápido entre los barrotes.

Es un chocolate.

Dani lo esconde en un segundo. Sonríe, y por un momento no parece un preso. Solo un chico con un dulce.



Alma pasa un chocolate entre los barrotes de la celda de Dani.

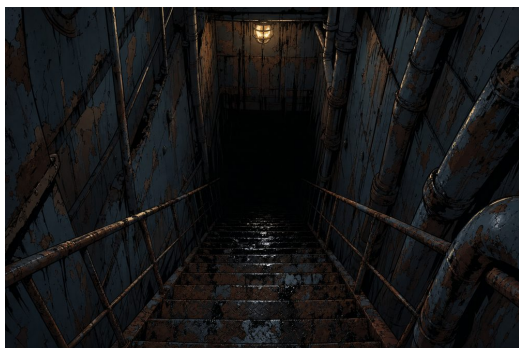
Está prohibido, claro. La regla es clara: informe¹⁷. Serrano mira un segundo más, da un paso atrás, sin ruido, y se va por otro pasillo.

La ronda termina abajo, donde terminan todas: en la escalera de la parte vieja. Los cuartos del laboratorio¹⁸, cerrados desde los tiempos del petróleo. Ahí abajo quedan los tanques de antes, vacíos desde hace años.

Desde la pasarela¹⁹ de fuera, Serrano mira hacia abajo: muy abajo, casi en el agua, las dos lanchas²⁰ salvavidas — dos cápsulas naranjas, gordas, colgadas de sus rampas sobre el mar. Nunca ha visto caer una. Espera irse sin verlo.

Vuelve a la escalera. Del fondo sube un olor. Óxido²¹, y algo más. Algo espeso.

Serrano se queda quieto un momento. La escalera baja y baja, y la luz no llega al fondo. En veinte años, nunca ha bajado hasta allá. Nunca ha tenido una razón.



La escalera de la parte vieja, que baja a la oscuridad.

Firma la hoja de la pared y sube. Sube rápido. Más rápido que al bajar.

En su oficina lo espera una montaña de papeles: las firmas del final del turno. Tiene que firmar cien hojas. Le faltan todas.

Antes de empezar, abre el maletín y saca la caja con el lazo rojo. La pone en el estante²², delante de su silla, donde puede verla. Un mes.

Empieza a firmar.

Un guardia llama a la puerta.

—Director. Ha llamado la base. La tormenta ha cambiado de rumbo. Ya no va hacia el norte. Viene para acá. Y ya no es un aviso.

Serrano deja el bolígrafo²³.

—¿Y la piloto?

—No puede volar. Tiene que quedarse esta noche. ¿Y dónde la ponemos? Arriba no hay cuartos libres. Con la tormenta, el turno viejo no se va.

Serrano mira por la ventana. El cielo del este ya no está lejos: está más gris, más bajo, más cerca del agua.

—El cuarto del personal, en el piso de las celdas —dice—. El que está al lado de la oficina de guardias. Dale una cama y un sitio en el comedor. Y un guardia cerca, toda la noche.

El guardia se va. Serrano se queda con el bolígrafo en la mano, sin firmar.

Nos vemos esta noche, dijo la piloto en su llamada. Un niño espera en una puerta, en tierra.

El viento empuja la plataforma. Muy abajo, el metal cruje²⁴. En la parte vieja, donde no baja nadie.

Vocabulary

ESPAÑOL	DEUTSCH
<i>el helipuerto</i>	der Hubschrauberlandeplatz
<i>el temblor</i>	das Zittern / die Vibration
<i>la ronda</i>	der Rundgang / die Kontrollrunde
<i>el pasillo</i>	der Gang / der Flur
<i>la celda</i>	die Zelle
<i>la manguera</i>	der Schlauch
<i>el desagüe</i>	der Abfluss
<i>la pelea</i>	die Schlägerei / der Streit
<i>la cuchara</i>	der Löffel
<i>el herido</i>	der Verletzte
<i>la enfermería</i>	die Krankenstation
<i>coser</i>	nähen
<i>blando/a</i>	weich (von einem Menschen: nachgiebig, schwach)
<i>el expediente</i>	die Akte
<i>el robo</i>	der Raub / der Diebstahl
<i>la maldad</i>	die Bosheit / das Böse
<i>el informe</i>	der Bericht (schriftlich)
<i>el laboratorio</i>	das Labor
<i>la pasarela</i>	der Laufsteg / der Steg

ESPAÑOL	DEUTSCH
<i>la lancha</i> (<i>salvavidas</i>)	das Rettungsboot
<i>el óxido</i>	der Rost (vgl. oxidarse, rosten — Prolog)
<i>el estante</i>	das Regal
<i>el bolígrafo</i>	der Kugelschreiber
<i>crujir</i>	knarren / knirschen

Grammatik — *tener que* + Verb (etwas tun müssen).

Um zu sagen, dass jemand etwas tun **muss**, benutzt das Spanische *tener que* + den Infinitiv, also die Grundform des Verbs. Das Deutsche hat dafür ein einziges Wort, *müssen*, aber der Bau des Satzes ist derselbe: ein Hilfswort plus Grundform. Der einzige Unterschied ist die Stellung. Im Deutschen rutscht die Grundform ans Satzende (“er **muss** hundert Blätter **unterschreiben**”), im Spanischen bleibt sie direkt hinter *que*.

Am Ende dieses Kapitels siehst du es zweimal: Serrano *tiene que firmar cien hojas* — er “**muss** hundert Blätter **unterschreiben**” — und der Wachmann meldet, die Pilotin *tiene que*

quedarse esta noche — sie “**muss** heute Nacht **bleiben**”. Weitere Beispiele: *tengo que trabajar* (ich muss arbeiten), *tienes que comer* (du musst essen). Das Verb nach *que* verändert sich nie — es bleibt in der Wörterbuchform. Niemand will heute Nacht auf der Plattform bleiben. Aber der Sturm kommt. Sie müssen.

Zusammenfassung: Serrano landet auf Plattform 6 und beginnt seinen üblichen Rundgang am ersten Tag — den letzten vor seinem Ruhestand. Er trifft einen Wachmann, der Blut von einem Gangboden spritzt: Zwei Gefangene haben sich um eine Zigarette geprügelt, und einer hat dem anderen mit einem Löffel das Gesicht aufgeschnitten. Serrano vergewissert sich, dass die Waffe sichergestellt ist, und behandelt den Täter ruhig — Zellenwechsel, fünfzehn Tage kein Hof, Vorladung in sein Büro. Zwei Zellen weiter findet er einen alten Gefangenen, der Brot versteckt, und lässt es ihm mit einer leisen Warnung; der Wachmann wirft ihm dafür einen kurzen Blick zu: weich. Um eine Ecke beobachtet er die Pilotin Alma — eine Bekannte, die die Wachleute einfach

durchwinken —, wie sie Dani, einem jungen Gefangenen, dessen Akte einen schiefgegangenen Raub vor drei Jahren nennt, eine Schokolade durch die Gitterstäbe schiebt; Serrano tritt lautlos zurück. Sein Rundgang endet an der versiegelten Treppe zum alten Labor, wo aus einer Dunkelheit, in die er nie hinuntergegangen ist, ein schwerer Geruch aufsteigt, und er steigt schneller hinauf, als er hinuntergegangen ist. Dann bringt ein Wachmann Nachrichten: Der Sturm hat gedreht, die Pilotin muss über Nacht bleiben, und weil die alte Schicht an Bord fest sitzt, ist oben kein Zimmer frei — also weist Serrano ihr den Personalraum auf der Zellenebene zu, neben dem Wachbüro, mit einem Wachmann, der die ganze Nacht in der Nähe steht.

GROWN UP LANGUAGE

Weiterlesen

Das war der Anfang. Wie es mit Alma und Dani weitergeht — und was unten im Dunkeln wartet — steht im ganzen Buch.

Lies das ganze Buch kostenlos:

grownuplanguage.com

Gefällt es dir? Schick es weiter.